

La preexistencia de Cristo - Juan 8:48-59

(Jn 8:48-59) “Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis. Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga. De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte. Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte. ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue.”

Introducción

Al terminar el estudio del pasaje anterior veíamos que los judíos habían llegado a tal punto de endurecimiento espiritual que ya no eran capaces ni de escuchar la palabra de Jesús (**Jn 8:43,47**). Esto era especialmente grave, porque como ahora les iba a decir, es el que guarda su palabra quien no verá muerte (**Jn 8:51**). Esta fue una de las más grandes promesas que Jesús hizo y que tendremos ocasión de considerar en este estudio. Pero los judíos seguían cuestionando todo lo que el Señor decía y ya no dudaban en menospreciarle abiertamente con los peores insultos, llegando finalmente a intentar apedrearle. En el fondo de todo el problema estaba el hecho de que ellos no aceptaban la identidad divina de Jesús y su relación única con el Padre. Ellos veían a Jesús como un hombre, inferior a los patriarcas y profetas que habían venido antes que él, y por lo tanto, cuando hacía ciertas afirmaciones que sólo Dios podía hacer, les parecía que era un blasfemo y un loco engreído que merecía ser castigado.

Pero a pesar de los graves insultos que el Señor recibió en este pasaje y del menosprecio asesino de sus oyentes, por encima de todo eso, resplandece la gloria del Hijo, que en todo momento glorifica a su Padre al cumplir con su voluntad.

“¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano y que tienes demonio?”

En el pasaje anterior Jesús había dicho a aquellos judíos que en sentido espiritual no eran hijos de Abraham ni de Dios, sino que su verdadero padre era el diablo. Esto les había herido profundamente y reaccionaron montando en cólera contra el Señor. No podían permitir que él no reconociera los especiales privilegios espirituales que ellos creían tener por ser descendientes de Abraham. Pero los argumentos empleados por el Señor eran incontrovertibles y sus oponentes habían quedado reducidos al silencio. A partir de aquí abandonaron el campo de la discusión para intentar desprestigiarle con insultos a fin de

hacer creer a todos los demás que no era digno de crédito. Pero como siempre, la ira y la difamación son señales seguras de una derrota en el terreno de la razón.

Hubo dos insultos que profirieron contra el Señor: “¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?”.

Bien sabían ellos que Jesús no era samaritano, pero era uno de los peores insultos que le podían hacer. Ya sabemos que judíos y samaritanos no se trataban entre sí (**Jn 4:9**). Para ellos, los samaritanos no eran verdaderos judíos, puesto que históricamente se habían mezclado con otras naciones, y también los consideraban herejes y apóstatas porque rechazaban la mayor parte de las Escrituras judías y el culto en el templo de Jerusalén. Para ellos, un samaritano era poco más que un pagano, y así veían también a Jesús.

Pero por si esto fuera poco, también le acusaron de estar endemoniado. Esto significaba mucho más que estar loco, querían decir que hablaba y actuaba bajo la influencia del diablo, que estaba poseído por un espíritu inmundo. Esta acusación no era nueva. En los otros evangelios vemos que ya habían atribuido anteriormente sus obras al príncipe de los demonios: “Los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios” (**Mr 3:22**). El Señor señaló que éste era un pecado muy grave; lo definió como la blasfemia contra el Espíritu Santo y dijo que no tenía perdón posible (**Mr 3:28-30**).

Los insultos y el menosprecio son las armas predilectas del diablo. Como vemos, el Señor lo sufrió a lo largo de todo su ministerio, y también lo han tenido que soportar los santos de todas las épocas. Ellos también han tenido que ver cómo se calumniaba su carácter, se hacían circular falsos rumores sobre ellos, se inventaban mentiras sobre su conducta... El rey David oraba a Dios pidiéndole:

(Sal 120:2) “Libra mi alma, oh Jehová, del labio mentiroso, y de la lengua fraudulenta.”

Y también el cristiano que quiera vivir en este siglo justa y piadosamente, también sufrirá el mismo tipo de persecución (**2 Ti 3:12**). No debe sorprendernos ni desanimarnos, sino que debemos asumirla siguiendo el ejemplo del Señor:

(1 P 2:21-23) “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”

“Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre”

Es curioso que el Señor no se defendió de la acusación de ser samaritano. En realidad, esto no era necesario, porque ellos mismos sabían que era mentira y algunas cosas es mejor ignorarlas. Pero quizá fue también porque los samaritanos le habían acogido y muchos habían creído en él (**Jn 4:40-41**).

En cualquier caso, con una incomprensible paciencia y misericordia, el Señor sí que negó el hecho de que estuviera endemoniado. Su argumento fue que si él estuviera gobernado por un espíritu inmundo, entonces no honraría a su Padre, porque los demonios son incapaces de honrar a Dios. Y Cristo honró al Padre como ningún ser humano ha podido hacerlo nunca. Eran ellos quienes le deshonoraban al insultar a su Hijo: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (**Jn 5:23**).

“Yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga”

Cristo era el verdadero mensajero del cielo y por lo tanto no buscaba su propia gloria, sino la de Aquel que le había enviado, y por eso, mientras duró su ministerio terrenal, veló su gloria divina por la encarnación. Sólo en una ocasión él se transfiguró delante de tres de sus discípulos y ellos pudieron ver algo de esta gloria (**2 P 1:16-18**), pero esto fue algo excepcional, sin que a lo largo de todo su ministerio se percibiera en él la más pequeña sombra de ambición personal. Su pasión suprema era la de glorificar a su Padre celestial. Incluso, cuando más tarde pidió ser glorificado, era con la finalidad de que el Padre recibiera gloria: *“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Jn 17:1)*. Y cuando pasaba por los momentos de mayor sufrimiento, su pensamiento seguía siendo el mismo: *“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12:27-28)*.

Que Jesús no estaba buscando el halago y la adulación de los hombres para sí mismo estaba fuera de toda duda, de otro modo, su comportamiento y sus mensajes habrían sido completamente diferentes. Habría evitado desagradarles, y por supuesto, no habría denunciado sus pecados. Pero el Señor no estaba buscando el aplauso humano, sino el ser fiel a la voluntad de su Padre.

El sabía y había aceptado que el único camino a la gloria pasaba por la cruz y el sufrimiento. Y nosotros también deberíamos recordar esto mismo; que la senda hacia la gloria es la que nos conduce por la tierra áspera del dolor: *“... Si es que padecemos con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Ro 8:17)*.

“Hay quien la busca y juzga”

Cuando nuestra preocupación sea la gloria de Dios y no la nuestra, tampoco nos importarán demasiado los insultos y menosprecios de los hombres hacia nosotros. Al fin y al cabo, si sufrimos injustamente por la causa del reino de Dios, será Él mismo quien nos vindicará. Esto es lo que dijo el Señor Jesús a aquellos judíos que le menospreciaban. Sería su Padre quien se encargaría de buscar su gloria y juzgar a aquellos que le insultaban. Porque, por supuesto, era muy grave despreciar de ese modo al Hijo de Dios.

Vemos, por lo tanto, que si la pasión del Hijo era glorificar al Padre, la pasión del Padre es la de glorificar a su Hijo. Este es el principio bíblico:

(1 S 2:30) *“... Ahora ha dicho Jehová: Nunca yo tal haga, porque yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco”*

Dicho esto, Jesús les dejó bajo la responsabilidad de lo que habían dicho y siguió presentándoles la verdad.

“De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte”

Usando una vez más la conocida fórmula *“de cierto, de cierto os digo”*, el Señor se disponía a hacer una solemne declaración: *“El que guarda mi palabra, nunca verá muerte”*.

Jesús estaba prometiendo la vida eterna a todo aquel que guardara su palabra. Con esto estaba yendo mucho más allá que cualquier celebridad del judaísmo, incluido el mismo

Abraham. ¿Quién puede ofrecer la vida eterna a quien le obedezca? ¿Quién puede ser la fuente de la vida? ¿Quién tiene el poder infinito para vencer la muerte y traer la vida a esta maltrecha humanidad? Sin duda, lo que Cristo estaba afirmando es que él es mucho más que un hombre; es el mismo Hijo de Dios. Si no lo es, entonces una promesa de este tipo debería ser considerada como un claro indicio de locura. Y, por supuesto, así lo entendieron aquellos judíos que no estaban dispuestos a aceptar su naturaleza divina.

¿Qué hombre puede estar por encima de la muerte? Desde la caída de Adán, la muerte ha sido el gran enemigo del hombre. En la larga lista de los descendientes de Adán que encontramos en **(Gn 5)**, se repite una y otra vez la misma expresión: “y murió... y murió”. Pero el Señor Jesucristo afirma con absoluta seguridad que él tiene el poder para librar al hombre del poder de la muerte. Ya se lo había dicho cuando estuvo enseñando en la sinagoga en Capernaum: “*De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna*” **(Jn 6:47)**. Pero ellos no le creyeron.

Ahora el Señor hace la misma afirmación de forma inversa: “*el que guarda mi palabra, nunca verá muerte*”. A pesar de que seguían rechazándole y cada vez manifestaban un desprecio mayor hacia su persona y hacia todo lo que decía, en un acto de misericordia infinita el Señor les vuelve a extender una vez más su mano amiga para que ellos pudieran llegar a disfrutar de sus bendiciones eternas. Era una invitación, pero también una seria advertencia, porque si la rechazaban, ellos mismos se estarían cerrando la única puerta que les podía llevar a la vida. Su futuro eterno dependía del mensaje que Jesús proclamaba. No hay otra forma de escapar de la muerte.

Notemos también que el requisito para disfrutar de esta bendita promesa es “*guardar su palabra*”. Por supuesto, esto no se refiere a una mera profesión cristiana externa. Implica aceptar de corazón el mensaje que el Señor Jesús trajo del cielo y obedecerlo en su vida. En “*su palabra*” queda encerrada toda la doctrina del Evangelio que predicó.

Pero una vez más sus oyentes volvieron a rechazarle, insistiendo en sus insultos con mayor atrevimiento: “*Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio*”.

“Abraham murió y los profetas; y tu dices: El que guarda mi palabra nunca sufrirá muerte”

Los judíos interpretaron la expresión “*nunca verá muerte*” como refiriéndose a la muerte física. Pero el Señor no estaba diciendo que sus discípulos no morirían jamás. El se refería a la segunda muerte, la condenación eterna en el infierno junto al diablo y sus ángeles.

(Ap 2:11) “... *El que venciere no sufrirá daño de la segunda muerte.*”

De hecho, el verdadero creyente ya ha pasado de muerte a vida:

(Jn 5:24) “*De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.*”

Sus pecados ya han sido perdonados y ya no está muerto en el sentido de estar separado del amor de Dios, de la misma forma que el hijo pródigo lo estuvo mientras anduvo lejos del hogar paterno **(Lc 15:24)**. Sabe también que será librado de la ira venidera y que no tendrá que pasar por el juicio **(1 Ts 1:10)**. De hecho, la muerte física se ha convertido para el creyente en la puerta para disfrutar plenamente de la vida de Dios **(2 Co 5:6-8) (Fil 1:21-23)**.

Pero como decimos, los oyentes de Jesús entendieron que él se estaba refiriendo a la muerte física e inmediatamente le recordaron que tanto Abraham como todos los profetas habían muerto. ¿Cómo podría Jesús librar de la muerte a todo el que guardara su palabra si estos santos hombres de Dios no lo pudieron conseguir para ellos mismos?

Ellos dedujeron inmediatamente que Jesús afirmaba ser superior al patriarca Abraham y a todos los profetas: “¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! ¿Quién te haces a ti mismo?”.

La mujer samaritana había hecho una pregunta parecida: “¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob?” (Jn 4:12). Pero ella, aunque era samaritana y estaba viviendo en pecado, tenía una sensibilidad muy diferente a la de estos judíos y llegó a creer en él. Ellos, en cambio, aunque hicieron varias preguntas, no tenían interés en escuchar lo que Jesús les pudiera decir al respecto. Sólo eran preguntas sarcásticas. Ellos estaban seguros de que Jesús no era superior a esos grandes hombres de la antigüedad. En realidad, no creían que Jesús pudiera ser el Mesías que Israel estaba esperando, porque el Mesías sería muy superior a cualquiera que le hubiera precedido y Jesús, según ellos, no lo era, aunque todas las señales que hacía indicaban todo lo contrario. Así que, cegados por la incredulidad, pensaron que Jesús sólo era un vanidoso que estaba tratando de atraer la atención sobre sí mismo.

“Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es”

Ya lo decía el proverbio: “*Buscar la propia gloria no es gloria*” (Pr 25:27). Y el Señor había renunciado a cualquier enaltecimiento propio o deseo de honor por parte de los hombres. Todo su interés se centraba en dar la gloria a su Padre celestial sin preocuparse por él mismo. ¡Qué ejemplo nos ha dejado para que sigamos sus pisadas! Desgraciadamente muchas veces estamos más pendientes de que los demás nos admiren a nosotros mismos que en redirigir las miradas hacia Dios para que admiren su gloria divina. Si estuviéramos más interesados en buscar la gloria de Dios no nos harían tanto daño el aplauso y la admiración humanas.

Pero habiendo dicho esto, es importante que digamos también que Jesús era totalmente digno de recibir la gloria y la adoración de parte de los hombres al igual que su Padre celestial:

(Ap 5:12-13) *“El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.”*

Lo que Jesús estaba diciendo es que él no iba a promover su propia gloria, que no deseaba ningún honor independientemente del Padre y que la única gloria que vale la pena tener es la que viene de Dios.

“Mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios”

Antes había dicho: *“Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga” (Jn 8:50)*. Ahora explica con claridad que quien busca su gloria es el Padre, el mismo que los judíos decían que era su Dios. Y si el Padre celestial se ocupa de glorificar al Hijo, ¡cuánto más nosotros debemos hacerlo!

Pensemos en cómo glorificó el Padre al Hijo.

- En primer lugar por medio de todas las obras, señales y milagros que el Padre le había dado para que hiciera **(Jn 5:36) (Jn 14:10-11)**.
- También le glorificó al levantarlo de entre los muertos. A esto se refería el apóstol Pedro cuando dijo: *“El Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo” (Hch 2:32-33) (Hch 3:13)*.
- El Padre ha puesto en las manos del Hijo todo el juicio de los hombres para que todos le honren **(Jn 5:22-23)**.
- Y en el contexto de nuestro pasaje, vemos que el Padre ha honrado al Hijo dándole la autoridad de dar vida eterna a todo aquel que oye y obedece su palabra. Ver también **(Jn 5:24-26)**.

“Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco”

Aunque los judíos se jactaban de ser los únicos que conocían a Dios, Jesús niega que esto sea verdad: *“vosotros no le conocéis”*.

¿En qué se basaba Jesús para hacer esta afirmación tan seria? Bueno, en realidad no era la primera vez que les decía algo parecido. Ya les había explicado cómo sus acciones desmentían sus pretensiones:

- Hospedaban el asesinato en sus corazones **(Jn 8:40)**.
- Menospreciaban la verdad **(Jn 8:40)**.
- No amaban al mensajero de Dios **(Jn 8:42)**.
- No escuchaban ni creían su palabra **(Jn 8:47)**.
- Dishonraban al Hijo **(Jn 8:49)**.

Todo esto demuestra que es posible que hombres eruditos y expertos en la Biblia puedan hablar profusamente de las cosas de Dios sin conocerle y sin haber llegado a tener nunca una comunión personal con él. Este era el caso de aquellos judíos, que aunque decían conocerle, la realidad era que ignoraban por completo su naturaleza, su voluntad y sus propósitos. Y aun más, rechazaban y odiaban al Enviado de Dios.

Pero si la acusación de no conocer a Dios no era suficientemente grave, ahora añade otra más: *“Y si dijere que no le conozco, sería mentirosos como vosotros” (Jn 8:55)*. En aquel entonces, como ahora también, llamar a alguien mentiroso no sería considerado “políticamente correcto”, y más si se hacía públicamente como era el caso aquí. Esto tuvo que enfurecerles aun más.

Y después de haber dicho esto, Jesús vuelve a afirmar que él sí que conocía al Padre. Decir lo contrario sería mentir y ser igual que ellos. Pero ¿por qué iba a negar que tenía este conocimiento peculiar e íntimo del Padre que tantas veces había reivindicado **(Jn**

7:29)? Quizá para agradecerles y conseguir ser apreciado por ellos. Esto no lo iba a hacer por dos razones. La primera, porque como ya había dicho, él no estaba interesado en buscar la gloria de los hombres, y la segunda, porque esto habría supuesto dejar de obedecer al Padre, algo que era su mayor delicia.

Así que se reafirma en lo dicho: *“Pero le conozco, y guardo su palabra” (Jn 8:55)*. Además, ¿cómo podría ofrecer la vida eterna a los que guardaran su palabra (Jn 8:51) si él no guardaba la palabra de su Padre? El no iba a incurrir en tal contradicción sólo para no desagradar a aquellos judíos a los que tanto les molestaba la perfecta relación que tenía con su Padre.

“Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó”

Durante la controversia con los judíos, ellos habían mencionado en varias ocasiones a Abraham. Con orgullo habían dicho que eran sus hijos (Jn 8:39), y habían preguntado a Jesús si era mayor que el patriarca (Jn 8:53).

Ahora el Señor vuelve a mostrarles una vez más que desde una perspectiva espiritual, ellos no se parecían a Abraham. El patriarca tuvo una actitud muy diferente sobre el día de Cristo a la que ellos mantenían. El se había gozado cuando vio ese día y con seguridad se habría sentido muy molesto con aquellos descendientes suyos que rechazaban a Cristo.

Y por otro lado, la nueva referencia a Abraham sirvió para que el Señor contestara la pregunta que le habían hecho acerca de si él era mayor que el patriarca. En su respuesta dio a entender que Abraham sabía que uno mayor que él habría de venir para establecer la era mesiánica, y Jesús afirma que era él mismo.

Ahora bien, ¿en qué sentido vio Abraham el día de Cristo? ¿En qué momento se gozó de verlo?

Para contestar a estas preguntas debemos volver a los relatos del libro de Génesis. Allí vemos que Dios había hecho numerosas promesas de bendición a Abraham, pero todas ellas dependían del hijo que Dios le había de dar. El tiempo pasó y Abraham y Sara habían envejecido, haciendo que el cumplimiento de esta promesa resultara imposible desde una perspectiva humana. Pero por fin llegó el momento cuando Dios hizo lo imposible; Sara concibió y dio a luz un hijo a Abraham. El niño que nació fue llamado Isaac, que significa risa. En cierto sentido el milagro hecho por Dios con aquellos ancianos padres causó la risa de Abraham, pero también el gozo, porque con el nacimiento de ese niño se relacionaba la gran promesa espiritual de que todas las naciones serían bendecidas en él. Pero, ¿llegó Abraham a comprender que la esperanza del género humano no sería Isaac mismo sino un descendiente suyo? Es probable que en un principio pensara en un cumplimiento inmediato a través de Isaac. Pero Abraham era el *“amigo de Dios”*.

(Gn 18:17-18) *“Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?”*

Sin duda, Abraham captó el pensamiento de Dios y por la fe miraba hacia el futuro, hacia el día en el cual Cristo reinaría. Porque *“la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He 11:1)*.

Abraham, igual que otros muchos después de él, murieron sin haber recibido el cumplimiento de las promesas, pero gozándose en ellas por la fe:

(He 11:13) *“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.”*

De esta forma fue que Abraham vio el día de Cristo y se regocijó en él.

Las implicaciones de lo que Jesús había dicho estaban claras: se estaba declarando como el verdadero objeto de la promesa hecha a Abraham, la causa de su alegría. Pero los judíos no lograban entenderlo. Ellos se habían quedado “atascados” en la persona de Abraham, cuando en realidad el patriarca sólo era un eslabón importante en la línea familiar de la que habría de nacer el Cristo. Y por causa de su incredulidad, aquellos judíos no lograron ver lo que muchos profetas y reyes habían deseado ver y oír (**Lc 10:24**).

En lugar de esto, otra vez volvieron a interpretar literalmente lo que Jesús les dijo y una vez más sacaron la conclusión equivocada: *“Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?”* (**Jn 8:57**). Para ellos, la cantidad de siglos que separaban a Abraham de Jesús hacía imposible que Abraham hubiera podido ver a Jesús, ni Jesús a Abraham. Y tenemos que admitir que su razonamiento era lógico, a menos que Jesús fuera mucho más que un hombre y hubiera existido antes de su encarnación. Y esto es precisamente lo que va a afirmar a continuación.

“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy”

Usando nuevamente la expresión *“de cierto, de cierto os digo”* con la que el Señor introducía sus declaraciones más solemnes, ahora afirma con toda claridad que él había existido desde la eternidad, mucho antes de hacerse hombre o de que este mundo hubiera sido creado. Como recordamos, este es el tema de los primeros versículos de este evangelio (**Jn 1:1-18**).

Ahora bien, es importante que notemos las palabras exactas que Jesús utilizó para hacer esta declaración: *“Antes que Abraham fuese, YO SOY”*. Como sabemos, este nombre, “YO SOY”, es el mismo nombre con el que Dios se reveló a sí mismo a los judíos cuando les envió a Moisés:

(Ex 3:13-14) *“Dijo Moisés a Dios: He aquí que llevo yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.”*

Los judíos veneraban a Abraham como cabeza y principio de la nación de Israel, pero con la sublime declaración que Jesús acababa de hacer de sí mismo, no sólo manifestaba que era mayor que Abraham, sino que se aplicaba el título divino con el que Jehová se había manifestado a su pueblo en la antigüedad.

Puede que los teólogos liberales de nuestros días no lo entiendan así, pero aquellos judíos no tuvieron ninguna duda sobre lo que les estaba queriendo decir. Y por supuesto, no iban a admitir que Jesús, al que ellos consideraban como sólo un hombre, pretendiera ser el eterno Dios, el mismo ayer, hoy y siempre. Y su reacción no se hizo esperar.

“Tomaron entonces piedras para arrojárselas”

A aquellos judíos la declaración de Jesús les pareció una blasfemia que debería ser castigada inmediatamente con la lapidación (**Lv 24:16**). La oposición contra Jesús había alcanzado tal intensidad que ya no eran capaces de controlar su ira, así que tomaron piedras para arrojárselas sin un proceso legal previo en el que se examinaran sus pretensiones.

Para ellos Jesús era un blasfemo, un simple hombre que se hacía Dios. ¿Tenían razón? Lo cierto es que nos guste o no, nosotros también tenemos que decidir quién es Jesús, y las opciones son básicamente dos: O Jesús era solamente un hombre que se creía Dios y por lo tanto era un blasfemo y un loco; o bien era el mismo Hijo de Dios encarnado que estaba diciendo la verdad más grande que un ser humano podría escuchar.

Los judíos optaron por la primera de las opciones y se disponían a apedrearle cuando *“Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue”* (**Jn 8:59**). Su hora todavía no había llegado y una fuerza invisible lo protegía frustrando los intentos criminales de matarle. En otras ocasiones pasó algo similar (**Jn 10:39**) (**Lc 4:28-30**), pero en ninguna de ellas pudieron hacerle nada. Sólo cuando llegara su hora él se entregaría a sí mismo para cumplir la voluntad de su Padre. Y nada le podrían haber hecho si él no lo hubiera permitido. Igual que hizo en otros momentos, también lo podría haber hecho cuando fue apresado, juzgado y ejecutado. Si finalmente fue crucificado, no lo fue porque no pudiera haberlo evitado, sino porque él quiso. Como dijo en otra ocasión:

(Jn 10:17-18) “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.”

“Y atravesando por en medio de ellos, se fue”

Triste cosa es que Cristo se aleje de una persona. Pero él les había manifestado con claridad quién era y ellos le rechazaron con todo el odio del que eran capaces. Le habían insultado gravemente llamándole samaritano y endemoniado, y finalmente intentaron matarle. A cada nueva revelación que Jesús hacía de sí mismo, ellos se volvían más violentos. ¿Qué más podía hacer por ellos? Así que Jesús se fue. Una seria advertencia para todos nosotros.

Preguntas

1. Haga un resumen de todo el capítulo 8 de Juan contrastando las afirmaciones que Jesús hace de sí mismo y la respuesta que los judíos dan a cada una de ellas.
2. Analice los insultos que los judíos hicieron a Jesús. ¿Cuál era su significado? ¿Por qué eran graves? ¿Cuál fue la respuesta de Jesús? ¿Qué podemos aprender?
3. En este pasaje Jesús hace dos afirmaciones sobre sí mismo que implican que es Dios. ¿Cuáles son? Explique su significado.
4. Explique cómo el Hijo glorificaba al Padre. ¿De qué maneras Jesús evitaba la gloria humana?
5. Jesús dice que Abraham había visto su día. Explique con sus palabras cómo pudo verlo. ¿Qué implicaciones tenía este hecho?